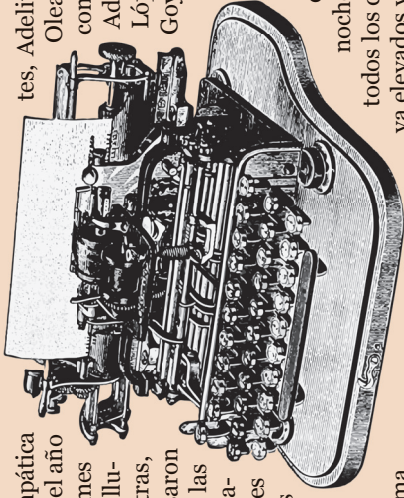


DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

## Simpáticos paseos con sus imprevistos encuentros

Carlos Caco Ceballos Silva



**V**ERANO 1994. Me platicó la simpática y agradable Mariquis, que en el año de 1973 y precisamente en el mes de julio, el mes por excelencia lluevoso en nuestra tórrida Colima, ella y otras, gozando de un clima primaveral se lo pasaron en la vieja Europa de sus sueños, pues las ilusiones de visitarla siempre se acrecentaban al ver en el Cine Rialto las interesantes películas donde se encantaban con los hermosos paisajes suizos, las interesantes callecitas de las ciudades nacidas en la época medioeval, los lindos castillos de la realeza del siglo XVII, la imponente Roma de los césares y cuna del catolicismo y los museos de los grandes capitales. Su hermano Melesio y ella habían organizado un viaje por aquellos rumbos y afortunadamente convencieron a varias personas de la ciudad, quienes en grupo se divirtieron y gozaron placenteramente de aquel viaje. El tour de casi un mes fue un verdadero deleite; todos, pues había varios varones, resultó un verdadero disfrute; hubo pocas discusiones, pocos sentimientos, algunos pleitos, ningún catarriente pero sí, todos añorando a Colima y siempre sus exclamaciones eran: ¡qué lástima que no vinieron los fulanos!, ¿por qué no vendría fulanita? ¡Cómo se hubiera divertido menganita! Y así por el estilo, pues cada rato y en cada momento que veían algo interesante eran las exclamaciones naturales.

Recuerda que estando en Brujas, hermosísima población de Bélgica, todo el grupo estaba fuera de una tienda de curiosidades de encajes y telas bordadas cuando de pronto vieron venir y precisamente frente a ellos de un lujosísimo Mercedes Benz se bajó un señor alto, delgado, vestido sport con chamarra y cachucha, y que de pronto lo reconocieron como su paisano Gustavo Díaz Ordaz, que meses antes había cumplido su periodo gubernamental y ahora se paseaba por Europa en plan de descanso; viajaba con su señora y sus hijos. Tan luego lo tuvieron a su lado lo saludaron con contentamiento, y a pesar de que es poblano y casi siempre los del centro del país son un poquito desentendidos, él se portó muy amigable, sonriente y mostrando mucho gusto en encontrar tan lejos de sus lares a un grupo de colimotes.

Trini Fuentes, nuestra simpática compañera, aprovechó para recordarle que cuando era candidato y estuvo en Colima se le hizo un banquete y que ella fue precisamente la cocinera en jefa, preguntándole si le habían gustado las enchiladas estilo Colima, muy parecidas a las poblanas, y él, colocándose a la altura de la ingenuidad y amabilidad de Trini le contó que estaban tan buenas que nunca las había olvidado, y que en muchas ocasiones comentaba sobre la magnífica comida colimota y la sabrosa tuba “sin bautizar” con la que fueron acompañadas.

En esta ocasión mis compañeros de viaje fueron: Trini Fuentes

\* *Empresario, historiador y narrador.* +

## Abre la puerta, el mar

Norma Navarrete

¿Quién toca?  
El mar.  
¿Quién es?  
La esperanza,  
Un jardín.

Abre la puerta, el mar:  
Abre tus manos  
Recibe en tu mirada  
Contenido en una gota  
Todo el océano.

Como si fuera un regalo  
Para una niña rubia  
De siete años  
De melena pequeña  
Y ojos vivos.  
Que me quiere enseñar  
A jugar la matatena.

Abre la puerta, al mar  
Es hora de perder  
Todos los miedos  
Y tener el océano  
En cada pérdida  
Recuperada.

Abre la puerta, el mar  
Deja que entre la brisa marina  
En tu día.  
Respira hondo  
Contando cada momento  
De un nuevo amanecer.

Abre la puerta, el mar  
Deja que los barcos expliquen  
Su ruta y enlacen el filo del sol  
A tus cabellos.

Abre la puerta, el mar.  
Suelta las cuerdas  
Inicia el viaje  
En un velero transparente  
Sin regreso.

Al centro de la relación  
Del mar, las cosas inocentes  
Y príndele un moño blanco  
A la tristeza para que te regale  
La diadema de caracoles pequeños

Para ensanchar tu mirada  
En un bloque de iceberg.  
Que no se derrumba  
Ni hace daño.

Abre la puerta, el mar.  
Hemos salido de puerto en puerto  
A un pasillo claro  
Lleno de flores pequeñas  
De los niños y en las banquetas  
De las ciudades que piden  
La paz.  
Abre la puerta, el mar.  
Hemos caminado, pero ahora  
Flotamos en un gran barco  
Que será nuestro hogar  
Para siempre  
Navegando.



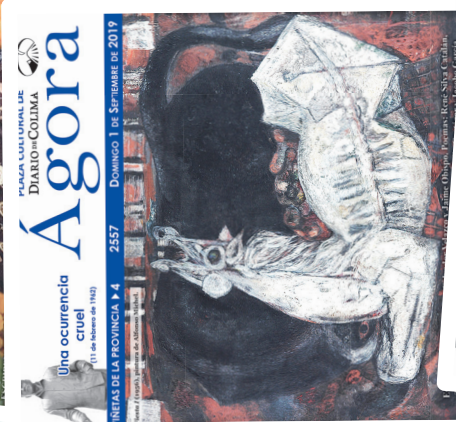
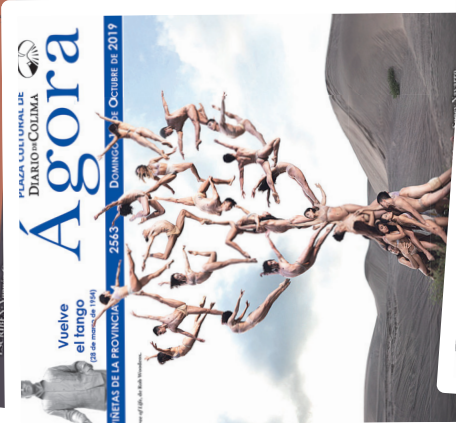
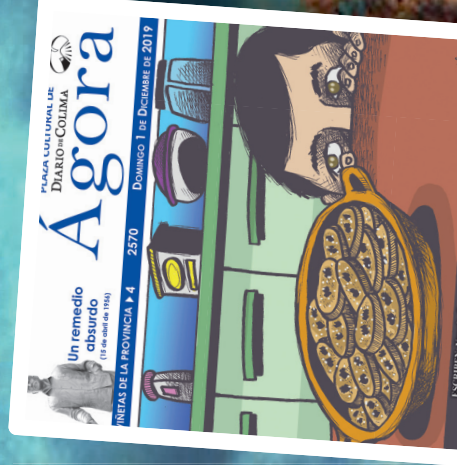
Hace  
cuarenta  
años  
(10 de enero de 1961)

PLAZA CULTURAL DE  
DIARIO DE COLIMA

# Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4 2574

DOMINGO 29 DE DICIEMBRE DE 2019



ESCRIBEN: Grace Licea, Guillermo Fadanelli, Salvador Velazco, Ramón Moreno,  
Norma Navarrete, Roberto Arena y Carlos Caco Ceballos.

## Guillermina Cuevas o la poesía gótico-tropical

Grace Licea

Recientemente se rindió un homenaje a la poeta colimense Guillermina Cuevas, en el primer Festival Internacional de Poesía, Comala, Pueblo Blanco, y este hecho me ha cautivado para dedicarle unas modestas líneas y sumarme también a esta merecida distinción.

La obra de Guillermina se define sola, debido al contraste de su dulzura y sus más enérgicas afirmaciones relampagueantes, llenas de congruencia a lo largo de toda su trayectoria como escritora. Además, ha sido también tallerista por muchos años en Colima, y bajo su tutela varias generaciones de poetas se han forjado con la suavidad y el rigor de sus enseñanzas y preceptos poéticos. Entre sus pupilos más destacados figuran nombres como los de Krishna Naranzo o Gabriel Govea, referentes literarios a nivel nacional en la actualidad.

Fue en esos talleres donde gravitaban las más entrañables anécdotas con poetas de su generación. Por el aire de sus recuerdos e imprevistas apariciones principalmente las figuras de Víctor Manuel Cárdenas y Marco Antonio Campos, compañeros de batallas y de íntima amistad en diferentes festivales y eventos poéticos que han marcado la literatura de Colima. Precisamente, en una recién visita de Marco Antonio Campos por el estado, el poeta de *Dime dónde, en qué país* recordó su gran deuda con Cuevas y con nuestra entidad: escribir un poema para esta tierra. Dicha posibilidad de escritura —armentisabado Campos— fue frustrada un día cuando entusiasmado se acercó al maestro Cárdenas para mostrarle su poema colimense. Éste le advirtió: “no porque se mencione ‘palmera’ se sabe que se ha escrito un buen poema a Colima”. El poema quedó destrizado por las manos de Campos y en un bote de basura.

Pero no así sucedió con nuestra poeta. Guillermina, como le decimos cariñosamente, ha escrito, justo en ese dimensional paisaje colimense que emerge en sus versos musicales, la vivacidad de una vegetación de impecable y eterna fertilidad. En Guillermina Cuevas surge el poema a manera conversacional con miras a una epifanía. Dueña de una voz sutil, pareciera que por sus palabras se asoma una tímida observación del mundo, y en un instante, magistralmente, se torna en una reflexión profunda, recóndita, llena de una aguda afirmación irónica y, por si fuera poco, con sorprendente sentido del humor:

Y si me encierro a escribir,  
si me alejo del mundo, si rechazo  
la vida social, sus glamorosos rituales,  
si vivo en la pobreza o en la austeridad,  
si acepto que alguien pague mi escritura  
y me abrigue y me alimente  
¿me entrego al oficio o traiciono a la patria?

Guillermina Cuevas ha escrito narrativa y poesía con títulos como *Piel de la memoria* (1995), *Del fuego y sus fervores* (1996), *Apocryphal blues* (2003) y la última publicación del poemario *Mu-*

*sitante delirio* (2014). Justo en este último no he podido dejar de sentir cómo se erige una iglesia como la del Jardín de San José: pequeña, modesta, bajo un cielo intensamente azul, la blancura de sus bancos del jardín que lo rodea, una fuente salpicando las alas de las palomas, la verde vegetación que respira y nace insospechadamente por los rincones de cualquier muro. He querido mencionar específicamente la iglesia de San José, porque se dice que su arquitectura es particularmente irreplicable en otro lugar del mundo, bautizándola como un monumento gótico-tropical. Creo sentir, entonces, con la poesía de Guillermina Cuevas, esa imagen matizada en cada verso del poemario, siempre presente en los ojos poéticos: la presencia del trópico colimense, con su delicada y profunda percepción de la vida que le acontece:

Vamos ya  
larga distancia  
(se llama así mi enredadera)  
otro muro ha de sentir  
tus verdes hojas  
otra casa ajena  
dormirá sin frío  
con el abrigo que tejés  
por las noches.

Miguel Galindo mencionó alguna vez que “el calor constante y elevado, la humedad que dificulta la transpiración, la atmósfera haciendo presión de catorce toneladas sobre el individuo, dan por resultado una cierta lasitud corporal, una pereza material e indolencia intelectual”. Si a esta descripción implacable de esta pequeña tierra sumamos los versos de Guillermina Cuevas, tendremos por respuesta la fuerza con la que al menos en este pueblo del suroeste mexicano se manifiesta la presencia de un Yo universal en la escritura. Un Yo universal que se alza a la luz del trópico, que dilata las pupilas y afecta la pronta maduración de las mujeres; un Yo universal que circula irremediablemente en la despoblación masculina. Un Yo universal que inexorablemente pasa por estos fenómenos cotidianos imperceptibles a los ojos comunes, pero no a la mirada de los poetas locales. El poema anteriormente expuesto, presente en *Musitante delirio*, representa con una justicia digna y admirable esa humedad, esa indolencia intelectual de Guillermina Cuevas concluyendo contundentemente:

Si nos bastaba el amor, el juego  
los frutos que los más osados cortaban,  
si era tan fácil sentir el miedo y soñar,  
expresar el gozo y sorprendernos  
si era enorme el mundo,  
infinito y azul el horizonte  
si las sombras movían los corazones  
si el dolor era un mal pequeño y pasajero  
épor qué ahora, bien vestidos, grandes, viejos  
decentes a la sombra acostumbraados  
vamos lánguidos, solemnes, abatidos?

A quinientos años de la llegada de los españoles a México. 1519-1521 VI

## Si los indios lo quisieran, se los habrían comido

Ramón Moreno Rodríguez\*

Los españoles han fundado, con más formalidad que rectitud, un cabildo al que han dotado de dos alcaldes (uno mayor y otro ordinario), cinco regidores, un justicía mayor, un alguacil con su cárcel y hasta escribano, fiscal y procuradores. Junto a las tres casas de cal y canto construidas al estilo español, los indios han fabricado una treintena de chozas donde pernoctan los aventureros. Esta incipiente población que habitan casi cuatrocientos aventureros es observada por una muchedumbre de gente que se asombra por ver a los extranjeros reunidos horas y horas discutiendo qué sabe qué cosas de representaciones ante el rey, peticiones de mercedes u órdenes de exploraciones. A pesar de ello la vida cotidiana de los quiahuiztlecas no se altera, continúan su monótona rutina de trabajo en las parcelas o de pesca en la laguna.

A pesar de tener más de un mes morando en sus nuevos jacales, no paran los españoles en su trajín legaloide y aventurero. Sin embargo, a principios de julio por fin inicia su aventura guerrera: el grupo se dispersa y deja casi vacías las nuevas chozas. Unas nave marchan a la corte, otras son hundidas; unos hombres salen a explorar Pánuco; otros, la mayoría, a Tlaxcala. Casi todos los españoles, acompañados de sus esclavos cubanos, se han ido. Sólo permanece una veintena de ellos en Quiahuiztlán —o Villa Rica de la Vera Cruz, como ha dado en llamar a las chozas en sus legajos el astuto extremeño que dirige aquella compañía pobre en capitales, pero rica en solemnidad—. La mayoría de los que permanecen ahí son viejos e inútiles para la guerra: marineros que se niegan a cambiar los cordales por las espadas. De los que se quedan, sólo seis son aptos para la batalla. No se espera que haya combate alguno, dado el caso, mandarán recaudos a los que se han ido al altiplano si se avistan otras naves aventureras.

Los miembros del cabildo, por su parte, se han marchado con la mayoría de los expedicionarios en dirección a Tlaxcala, sólo ha quedado uno de los regidores. Ahora que la mayoría de los extranjeros desaparecieron sólo tres chozas están habitadas. Una la ocupan los marineros, que se dedican a pescar; otra, el regidor y dos esclavos cubanos; las tres casas de material sólido permanecen cerradas, resguardan los pocos instrumentos marineros que le quedan a Cortés.

Los días se hacen monótonos. Hacia el dieciocho de agosto llegan los primeros correos: los expedicionarios han cruzado las grandes montañas, la que hoy llamamos Sierra Madre Oriental, y se encuentran ya en la Teochichimeca; pronto entrarán en territorio tlaxcalteca, según explican los guías totonacas. Si el gran señor Moctezuma lo permite, quizá conozcan el Anáhuac y sus maravillosas ciudades en medio del agua. No hay más remedio que esperar a que los invasores regresen con los muchos tesoros que se llevarán a España.

Uno de los aventureros que se ha quedado en las chozas se llama Pedro de Maluenda, es un comerciante de armas. Ha ganado mucho dinero vendiendo a aquella *Santa Compañía*, como la llama irónicamente el padre Las Casas, sus pertrechos. Y aunque su apellido alude a una pequeña villa aragonesa, en realidad él es originario del País Vasco y algunos juran que es judío converso. Se supone que Maluenda deberá recibir más de trescientos pesos cuando los que se han ido regresen con los despojos de la guerra; eso es una considerable fortuna pero ahora aquel judío no tiene nada de valor, sino un peine, unas tijeras y un espejo. Está convencido que un día se hará rico a costa de los indios; por lo pronto debe aceptar que todo es incierto. Ha decidido vender sus últimos artilugios; debía el arrenal en que mora y asciende al recinto ceremonial en busca de un comerciante zapoteca que acaba de llegar de Tehuantepec.

Cortés ha prohibido que suban a la montaña por el peligro que implica quedar aislados en aquellas veredas dominadas por tantos indios. Maluenda no obedece la prevención. El rico comerciante mira las tres joyas que se le muestran; ya ha visto antes a los españoles

A quinientos años de la llegada de los españoles a México. 1519-1521 VI

## Si los indios lo quisieran, se los habrían comido

Ramón Moreno Rodríguez\*

Usar esos artilugios, pero jamás pensó que podía ser dueño de unos. Claramente se le ve en sus rasgados ojos el interés. Con monosílabos, ofrece ochenta mazorcas de cacao; cuatro cargas. Maluenda y un esclavo cubano que lo acompaña entienden la oferta; no está mal, ese cacao es muy fácilmente intercambiable por lo que sea y siempre se obtienen cosas con beneficio, sin embargo intentará venderlas a mejor precio, niega en náhuatl: amo, amo. El comerciante sonríe, sabe que lejos de los españoles esos tres inventos multiplican por muchas veces su valor. Maluenda repite, maíz, quiero maíz. El zapoteca no entiende a la primera. Maluenda le señala los dedos de los pies y de las manos y dice: empoguali maíz, empoguali cinli. El comerciante empieza a entender: el español quiere por sus utensilios veinte cargas de maíz. Es mucho más de lo que él ha ofrecido. No lo piensa mucho y acepta. Sólo responde, quemah, quemah micmana, y el trato queda hecho.

Salen de la casa del comerciante en busca de los tameses que bajen el maíz hasta las chozas del arrenal cuando pasa corriendo frente a ellos un hombre que trae en una mano algo así como una bengala de barro cocido y en la otra una bandera amarilla con lunas negras; asciende a toda prisa por los escalones que llevan a una necrópolis que acompaña como macabra ciudadela al recinto ceremonial; el esclavo cubano dice, Maluenda, alguien muerto. Pedro de Maluenda lo sabe; desde hace tres meses que están ahí han visto pasar varias veces a estos veloces mensajeros de las desdichas; han sido informados de su función y el resultado inminente: unas horas después, acaso en un día más, llegará un largo cortejo fúnebre para inhumar a algún poderoso cacique; a él y a no pocos tesoros, utensilios, animales domésticos y viudas.

A pesar de ser un acontecimiento frecuente al que ya están acostumbraados, los quiahuiztlecas son curiosos; con más razón, los aventureros. Los tres hombres caminan hasta una plataforma que resguarda el recinto y miran cómo el mensajero sube la pirámide del templo mayor. Maluenda se da vuelta y se marcha, los otros dos lo siguen. Los macehuales tienen prohibido a aquellas alturas, sin embargo, a los españoles se les ha permitido ir y ver por completo un rito fúnebre. Éste es largo y cansado, pero no exento de cosas curiosas. Los españoles se han pasado horas viendo cómo los deudos inhuman a sus difuntos. No pocos han pensado en subir de noche, abrir las tumbas y robar las joyas enterradas.

La tarde empieza a caer, Maluenda llega a su choza y antes de entrar mira a los otros españoles que regresan de faenar con las artes de la pesquería. Llevan consigo una magra cosecha obtenida de las ondas marinas. Unos pocos, Maluenda entre ellos, nunca van a trabajar en las aguas salobres. Para este es una señal de infortunio, es una manera de convocar la pobreza. Mejor es apropiarse de los tesoros que acompañan a los cadáveres; a los muertos, se dice, para nada les sirven aquellas alhajas.

Un grupo de indias sirven los alimentos que todos los días preparan para los extranjeros. La tarde empieza a oscurecer mientras éstos comen sus raciones de maíz y pescado. La noche les depara horas de descanso y regocijo, es una confirmación de la alegría de estar vivos a pesar de que subsisten tan solos en ese remotísimo fin del mundo, en el que no han perdido la vida, pues de haberlo querido, los indios hacía tiempo que los habrían subido a lo alto de sus pirámides, los habrían sacrificado primero y comido después. No ha sucedido eso; es imposible saber la causa de tan dichosa ventura.

\**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cústr.*

ramonmr@vivaldi.net



La poeta Guillermina Cuevas.

**C**reco sentir, entonces, con la presencia de Guillermina Cuevas, esa imagen matizada en cada verso del poemario, siempre presente en los ojos poéticos: la presencia del trópico colimense, con su delicada y profunda percepción de la vida que le acontece.

el paso de la manifestación y escuchar el bullicio de los coros y consignas.

Y aquí se dará inicio a otro plano que consiste en un *travelling* semicircular que parte desde Cleo viendo las cunas para terminar encuadrando lo que pasa en la calle. A las 5 de la tarde con 7 minutos, los halcones atacan la inmensa columna de estudiantes con palos de bambú y armas de fuego. Embisten con furia. La multitud corre registrando el feroz ataque y la desbandada de la manifestación. Cleo y Teresa se asoman para ver con horror lo que sucede. La toma dura un minuto con 28 segundos aproximadamente. Se parte de la historia individual (Cleo comprando una cuna para su bebé) que está en el primer término del plano. Sin embargo, Cuarón le dará asimismo una gran importancia a lo que está en el fondo para presentar el contexto social e histórico.

Vemos que conforme va avanzando el *travelling* lo que estaba en el fondo (el ataque de los halcones) se vuelve primer plano; hay una interrelación entre lo individual y lo social que se pone de manifiesto por la manera en que se construye la imagen cinematográfica. Incluso, más adelante, la violencia de los halcones (el fondo) se hará presente en el primer plano cuando cuatro de ellos persiguen a una pareja de estudiantes que se refugia en la mueblería. Uno de los halcones dispara dos veces sobre un estudiante que cae al piso. Mientras eso sucede, otro halcón, quien viste una camiseta con el eslogan “Amor es...”, apunta a Cleo con su pistola. Se reconocen: es Fermín, el padre de la hija que lleva en el vientre. Cleo, víctima del terror, empieza a respirar agitadamente mientras Fermín emprende la retirada. Un charco se forma a sus pies. Se le ha roto la fuente. Entrará en trabajo de parto.

Lo que observamos en esta secuencia será una constante en el filme: el uso de un foco en profundidad que capta con nitidez toda la realidad cubierta por el encuadre, a la vez que mantiene la continuidad del espacio y tiempo dramáticos. Lo colectivo (la masacre del 10 de junio de 1971) tendrá un impacto en la historia personal de Cleo. Es decir, se establece una conexión temática entre el padre violento, Fermín, con el crimen de Estado perpetrado en contra de los estudiantes. El signo se transparenta: la familia nuclear y la familia nacional son víctimas de un régimen autoritario que reprimió brutalmente toda forma de disidencia social y política.



Fermín, el halcón, apuntando a Cleo.



Cleo reconoce a Fermín.



Los halcones en acción.



Fotografía de Brooke Shaden.

## Gatos

Roberto Arena

Gatos encaramados en los tejados observan atentamente a los transeúntes y a los humanos atrantados sobre las camas, para la luna comienzan las canciones. El primero en entonar una pieza es un gato rojo llamado Manolo

y luego Gastón se eleva en medio para actuar como contraparte del gato español. De repente, como una señal,

todos se levantan para maullar, incluso el Gatito y ese otro también, con pelaje negro tratando de volar, pero él es un gato y no un avión, y al maullar simplemente se cae en las flores del balcón del primer piso, golpeando con la cola el jarrón, grita y los gatos en un coro a juego dan inicio a un poderoso concierto, hasta que un hombre con sueño

les tira un zapato y en vez de parar de cantar comienzan a correr en los techos tratando de ser rápidos para escapar

y no despertar a los humanos ya dormidos. Entre los gritos de personas con sueño perturbado y los gatos que maullan se crea una escena extraña

como si gatos y humanos estuvieran bailando juntos.



Gatos en el tejado, de Leticia Zamora.

Tertlenka

## ¿Cuánto tiempo dura un año?

Guillermo Fadanelli

**Una vez concluida mi tarea de enlistar a los autores más relevantes y propios de la época decembrina, quisiera acentuar las dudas que mostré al principio de este breve escrito: el fin no es más que el principio de cípio.**

El fin no es más que el principio. Y el principio de cualquier acto se antoja una caída continua hacia un futuro azaroso y modelado en la imaginación; un futuro irreal que, para disfrazarse, toma la forma de un proyecto: una casa, un matrimonio, un ascenso, un amor deseado, una muerte decente o digna. ¿Cuánto puede durar un año? Es imposible medir su densidad en cantidades, logros o derrotas.

A mi me fastidia contar el paso del tiempo en fragmentos de cualquier especie: los años no son más que una ilusión o una necesidad del ser humano por hacerse presente (un mito es una invención sin autor, una tradición, observó Lévi-Strauss). Y sin embargo, hay que levantar los ladrillos de una barda que cualquier viento, vicisitud, o cualquier imbecil echará abajo en el momento menos intuitido. Hay quien, incluso, hace listas acerca de lo más relevante del año.

¡Carajo!, esa inocencia o despropósito me inquieta, pero la comprendo. Yo también he realizado listas alguna vez, sobre todo cuando debía ir de compras al mercado y no podía gastar más de lo necesario, ya que mi bolsillo tenía el tamaño de una vesícula; entonces enumeraba los productos indispensables para sobrevivir a lo largo de los días siguientes. Nunca cumplí la lista de propósitos económicos al pie de la letra, al final tiraba el papel donde había anotado las normas de avituallamiento y me iba a comprar una botella de vino y un buen aguardiente que me levantara los ánimos más allá de la planeación inteligente.

Me recuerdo alguna vez en Venecia tirando a los canales un kilo de manzanas que Yolanda había comprado para comer ese día al tiempo que gritaba, yo, desafortado: “Putá Venecia, te ofrezco este kilo de manzanas como una ofrenda para que no me trague tu olor a muerto”. Tal aberración aullaba porque había bebido un litro de vino, adquirido por unas cuantas liras, en un envase de cartón. Y al no tener hotel dónde arroparnos caminábamos casi toda la noche por los “vicolos” de la vieja ciudad que nos pertenecía en la imaginación y en nuestro vagar irresponsable. Les relato este pasaje para que pueda valorarse lo que el kilo de manzanas significaba para nosotros.

Ahora se me ocurre hacer una lista de 10 filósofos, teólogos o pensadores relevantes que sugiero para aumentar su conocimiento y lograr que esta columna no sea tan “subjetiva” y tenga mayor sentido. Guillermo de Champeaux; Juan de Salisbury; San Anselmo; San Abelardo; Juan Escoto Erígena; Boecio; Isidoro de Sevilla; San Buenaventura; Guillermo de Auvergne; Juan Duns Escoto.

Como pueden ustedes notar he evitado re-

ferirme a San Agustín, Guillermo de Ockham y a Santo Tomás, puesto que son ya bastante célebres; y también he omitido a Tertuliano, San Gregorio de Nisa o a San Ambrosio, por ser del dominio de casi cualquier cristiano que celebra Navidad con tanta devoción en estos días.

Mi lista resulta de verdadera actualidad –aun cuando varios siglos separan a algunos de los pensadores que he citado– es provechosa y nada tiene que ver con hechos o personas que nos sofocan en la actualidad con sus aberraciones políticas o creativas. No me he vuelto loco ni he encarnado en el autor de *La conjura de los necios*, John Kennedy Toole, para quien Santo Tomás representaba una luz de aristotelismo y arte. Nada de qué preocuparse.

Una vez concluida mi tarea de enlistar a los autores más relevantes y propios de la época decembrina, quisiera acentuar las dudas que mostré al principio de este breve escrito: el fin no es más que el principio (esta frase se halla cincelada en la lápida de mi madre). El “problema de fondo” de la ciencia –así lo llaman– y, por tanto, de la filosofía, es que no sabemos cómo surge la conciencia o la capacidad de reconocernos como personas singulares y distintas a cualquier otra. Hay teorías, claro, como hay zapatos para todos los gustos, y toneladas de datos, mediciones, hechos comprobables (desde algún método definido), y certezas físicas, pero nadie sabe lo que el otro está pensando, ni lo que sucede en la mente de los demás, en su auto conciencia.

Y como uno tampoco sabe qué significa o cómo pesa el tiempo en la conciencia de cada quien, de cada don Juanito, de cada ser incapaz de darle realidad universal o general a la gravedad mental e íntima del mundo que lo afecta, pues entonces medir el tiempo en años no es más que una triquiñuela festiva. San Agustín pensaba que los sentidos eran instrumentos para medir un mundo inconmensurable.

No obstante, creo que ese mundo inconmensurable no está en ningún dios, alma, mente suprema, iglesia, religión, etcétera. Se halla enclaustrado en la cárcel de la subjetividad, en lo que sólo puede ser manifestado a través del arte, de la mirada, de la locura (e incluso bosquejado humildemente en las más mínimas leyes de civilidad).

¿Fin de año? ¿Qué es eso? ¿La lista de los hechos más relevantes? ¡Caray!, yo no quiero ser polvo iluminado, sino polvo a secas, oscuro, eclipsado, sin años. Mis arrugas físicas son lo de menos, pero las grietas de la mente tienen que ser enormes e inescrutables, singulares y, por supuesto, intrasmisibles.



Fotografía de Brooke Shaden.

**¿Fin de año? ¿Qué es eso? ¿La lista de los hechos más relevantes? ¡Caray!, yo no quiero ser polvo iluminado, sino polvo a secas, oscuro, eclipsado, sin años. Mis arrugas físicas son lo de menos, pero las grietas de la mente tienen que ser enormes e inescrutables, singulares y, por supuesto, intrasmisibles.**



Don Manuel Sánchez Silva

## VIÑETAS DE LA PROVINCIA

# Hace cuarenta años

(10 de enero de 1961)

Hoy se inicia 1961. La breve transición entre un año y el que sigue, tiene siempre cierto sello de solemnidad, que propicia la formación de nuevos planes e ilusiones para el porvenir y facilita la evocación de lo vivido en el pasado. Hace cuarenta años, allá por 1920 y 1921, Colima era posiblemente la más modesta y pequeña de las capitales de estado y la vida se deslizaba con suavidad monótona, dentro de las escasas exigencias y reducidas ambiciones de un medio humilde y costumbrista.

Con excepción del puente “Nuevo” y del puente “Viejo”, construidos sobre el río Colima respectivamente, a lo largo de las calles 5 de Mayo y Gregorio Torres Quintero, y del puente de “El Salatón”, levantado para cruzar “El Manrique”, no había otros medios que permitieran la comunicación entre los sectores urbanos divididos por esas corrientes de agua. La ciudad quedaba prácticamente comprendida dentro de las siguientes referencias: al norte, el hospital del Sagrado Corazón (ahora Hospital Civil); al sur, el parque Hidalgo; al oriente, la calzada Galván; y al poniente, la calle “Nueva”, posteriormente nombrada con el nombre de Pino Suárez.

No había una sola casa que hiciera pensar en las proyecciones urbanísticas de Guadalajara, La Florida, Colonia del Periodista, El Moralete, Colonia Magisterial y fraccionamiento de Fátima.

Proporcionaba energía eléctrica la planta de El Remate, consistente en dos turbinas susceptibles de producir 250 kilovatios cada una, y las necesidades del consumo se satisfacían con la producción de una sola turbina, debiendo asentarse que únicamente había servicio eléctrico de las siete de la noche a las seis y media de la mañana. Por demás está decir que no había aparatos de radio, ni lavadoras eléctricas, ni refrigeradores, ni licuadoras, ni abanicos.

El río Colima era, en toda época del año, uno de los atractivos pintorescos de la ciudad, pues ni en los meses de mayor estiaje esquilimaba su caudal, representando una de las más sanas distracciones de la gente “bien”, que organizaba frecuentemente baños matinales y era un espectáculo regocijado para los transeúntes que, asomados a los parapetos de los puentes, se divertían con las zambullidas y juegos de las señoronas y caballeros de aquel tiempo, que en unión de sus hijos se deleitaban en las frescas aguas corredizas.

Con ejemplar honestidad gobernaba el estado el profesor J. Felipe Valle, cuyo sueldo mensual era de \$450. Don José Padilla Gómez y don Esteban M. León, amigos íntimos y socios en negocios salineros, hacían sus pinitos en la política local. Don Severiano Guzmán ya personalizaba con su guitarra y su entusiasmo uno de los aspectos bohemios y románticos, y en el edificio en que ahora está la ferretería Negrete, tenía el doctor Cirio Hurtado su consultorio anexo a la farmacia de Guadalupe, que regentaba Eduardo Pons, un excelente muchacho sensitivo y afecto a componer versos.

Bajo la dirección de sus fundadores, la señorita profesora Ramona Andrade y el maestro Vicente Ibarra, los colegios Cuauhémoc, para niñas y señoritas, y Carlos A. Carrillo, para varones, atendían la enseñanza de los estudiantes de primaria pertenecientes a las familias de más categoría social y económica. El inolvidable pedagogo, “don Chon Rivera”, era el inspector escolar, severo en apariencia, pero comprensivo y bondadoso en la práctica, que hacía temblar con su sola presencia a los alumnos visitados. Don Santiago Cárdenas explotaba la primera red telefónica habida en Colima, personalmente atendida por su propietario, en cuya casa de la calle Madero, su esposa Maura poseía un pequeño comercio de alhajas y su hija Conchita, graciosa y atractiva, improvisaba tertulias de intelectuales, literatos y músicos.

Don Miguel Álvarez García, el popularísimo *Capacha*, y Fidel Gómez, hacendados, rumboños, despilfarradores, mujeriegos y de probada hombría, disfrutaban de generales simpáticas y se hacían admirar cuando solos, o en unión de amigos, paseaban por las quietas calles de Colima montando magníficos caballos o se lucían en los ruedos de las

plazas de toros, toreando a pie o montando, jineteados o floreado la reata.

Era costumbre tradicional de las familias colimenses hacer coro frente a sus casas a la caída de la tarde, y quien recorriera la ciudad encontraba el curioso espectáculo lugareño de las “chorchás” banqueteras, que a veces crecían hasta ocupar parte de la calle. Semejante hábito empezó a desaparecer con la aparición de los primeros automóviles que Luis Rivas trajo de Guadaluajara en número de tres, luego aumentado a siete. Eran “fordcitos” de pedales modelo “F” los que abrieron la época del automóvilismo, y en ellos se enseñaron a manejar muchos de los choferes que aún viven como *El Carmeta*, *El Peracca* y *El Tigre*, que todavía continúan en el oficio.

A cargo de Nicasio L. Barreto y Adolfo Gamiochipi, alegres, bullangueros y expertos en la organización de toda suerte de festejos, corría la animación del ambiente social, en el que se destacaban los pollos de moda de aquel tiempo: Miguel García Topete, José Velasco *El Nene*, Heliodoro Fuentes Álvarez y su hermano Ignacio, José Rendón –mejor conocido por “Mi-Vi-Rendón”–, Guillermo Saucedo, Enrique y José Barreto Correa, los hermanos José, Agustín y Jorge González Flor, Daniel Virgen, Arnoldo y Carlos Schulte y otros más, desaparecidos unos y supervivientes los menos.

Don Wenceslao Cuéllar, maestro cortador que tenía a su cargo el departamento de confecciones masculinas de La Marina Mercante, gozaba fama de ser el mejor sastre local, categoría que le disputaba don José María Vázquez Lara, que trabajaba con sus hijos Florentino, Daniel y Jesús.

Frente al costado norte de Catedral, en el sitio que ahora ocupa La Casa del Radio, estaba ubicada la acreditada panadería de don Píoquinto, a quien le hacían competencia la del Águila Negra, por el rumbo de la Judía del Vaticano, y la de doña Mónica, por el barrio de la Sangre de Cristo.

Alfonso Sánchez, poeta y finísimo dibujante, recortaba su silueta bohemía en el paisaje pueblerino, en el que también se destacaban Goyo Fuentes Álvarez, José H. Ortiz y Juan de Dios Arceola *El Popotón*, periodista de fácil pluma y humorística vena.

Entre los primeros talleres mecánicos figuró el de don Esteban Zaragoza, que llegó a ser el insuperable maestro de los Ford, pues nadie como él conocía esas máquinas. Después se instaló don Porfirio Guzmán, habilísimo mecánico. Casi todas las tardes gustaba de pasear a caballo el anciano licenciado don Trinidad Padilla, que en los meses cálidos solía llevar un paraguas abierto para protegerse del sol, en tanto que su mansa cabalgadura lo llevaba por el recorrido habitual.

En la cantina La Bohemia, ubicada a medio portal Morelos, se daban cita a partir de la una y media de la tarde los señores importantes de la época: don Carlos Fillo, los licenciados Ramón y Jesús Ahumada, don Felipe Silva, los hermanos Pedro y Ramón Osorio y otras distinguidas personalidades. Cuca Morales y María Espinosa publicaban las primicias de sus composiciones poéticas y Luis Rodríguez, *El Galito*, improvisaba con igual facilidad discursos de bienvenida que oraciones fúnebres, poemas amorosos o versos a una muchacha que se casaba o a un niño que nacía.

Hace cuarenta años, la vida en Colima era lenta y amable; las jóvenes se hacían esperar hasta la tercera o cuarta carta de sus pretendientes para contestarles y responderles; la hora de coche de sitio de bandera “azul” era la más cara categoría entre los vehículos de tracción animal –valía un peso–, y la leche costaba cuatro centavos el cuartillo.

La gente era más unida y se consideraba de mal gusto dedicarse a la política. Se ganaba menos dinero, pero se vivía mejor.

Ahora todo ha cambiado y no precisamente para bien y tranquilidad de las conciencias. Nada perdura de aquel entonces que, al evocarlo, parece como si se tratara de un siglo transcurrido. Sin embargo, hace apenas cuarenta años...

\* Periodista, escritor y fundador de *Diario de Colima*.



A las nueve en punto

## La mirada sostenida de Alfonso Cuarón

Salvador Velazco



La toma larga y la profundidad de campo son elementos esenciales de la estética de *Roma* (2018), la más reciente película de Alfonso Cuarón; algo que viene a ratificar el *status* de ‘autor’ a su realizador en el contexto del cine transnacional de nuestro tiempo. Esta manera de construir sus filmes no es nueva, ya que en películas anteriores como *Y tu mamá también* (2001), *Children of Men* (2006) y *Gravity* (2013), Cuarón utiliza sistemáticos planos largos (algunos planos-secuencia) con profundidad de campo como sello característico. El director mexicano usa estos dispositivos para respetar la continuidad del espacio y tiempo de las acciones que integran la narración. Dicho de otro modo, hay un intento de llevar a la pantalla el *continuum* del espacio dramático para poder presentar una realidad con mayor complejidad tanto en lo personal como en lo colectivo. Extender la duración y amplitud del plano –la mirada sostenida de Alfonso Cuarón– no es solo una marca de estilo en *Roma*, sino también una manera de revelar una historia individual y social del México de los setenta.

Por razones de espacio, me limitaré a comentar solamente una secuencia del filme en donde la profundidad de campo le va a permitir a Alfonso Cuarón formar el vínculo entre lo individual y lo colectivo, lo personal y lo social. Me refiero a la secuencia que muestra lo ocurrido el Jueves de Corpus del 10 de junio de 1971, una suerte de *replay* de la matanza de Tlatelolco del 2 de octubre de 1968, en donde jóvenes estudiantes que salieron a las calles a manifestarse en forma pacífica fueron reprimidos violentamente por los halcones, grupos de choque al servicio del gobierno. Se habla de alrededor de 120 muertos más una gran cantidad de heridos. Quien estaba al frente de la presidencia era Luis Echeverría Álvarez, el vivo rostro del autoritarismo de Estado que ordenó la represión estudiantil.

La profundidad de campo en *Roma* descansa en una elaborada puesta en escena que utiliza todos los espacios del plano: el primer término, el espacio intermedio y el fondo. Ese Jueves de Corpus vemos a Cleo, la empleada doméstica de la familia, en avanzado estado de embarazo, caminando frente a una fila de camiones de granaderos, filas de policías y jóvenes que llevan pancartas y cantan consignas. La acompañan Ignacio, el chofer, y Teresa, la abuela de los niños que cuida Cleo. Llegan a la Calzada México-Tacuba que está cerrada al tráfico. La cabeza de una enorme manifestación pasa frente a ellos, caminando de Norte a Sur, sobre la avenida. Los estudiantes entonan el himno nacional y lanzan la típica porra universitaria: “¡Goya, goya! Cachún, cachún, ra, ra!... ¡Universidad...! Y se escuchan los gritos de “¡Libertad, México!”. Cleo y Teresa suben a una mueblería que está en el tercer piso de un edificio con el propósito de comprar una cuna para el bebé que espera la empleada. Desde los ventanales de la mueblería se puede ver



Al fondo del plano, los halcones atacando a los estudiantes.